

Los perros

Pablo Díaz Espí

para mi padre, su cuento

ERNESTO ABRIÓ LOS OJOS Y CONTEMPLÓ LAS RUINAS LISAS Y AMARILLAS DEL teatro Amadeo Roldán. Los andamios parecían invadir el edificio. Le daban el aspecto de una araña que después de muerta es devorada por un centenar de hormigas. Ernesto imaginó que antes del fuego debían haber acudido allí muchos espectadores. Ahora la cal de las paredes se había esparcido por el vecindario, y sentados en el soportal sólo había cuatro negros sin camisa y con las cabezas cubiertas por gorros de papel.

La noche anterior había caminado varias veces a lo largo del malecón, intentando extraer algunos recuerdos de la bruma con que la amnesia los había cubierto en su memoria. Al final se había quedado dormido en el parque frente al teatro, y sus recuerdos seguían tan lisos y amarillos como las ruinas.

—¡Eh! ¿Me dice la hora? —le preguntó a un hombre que caminaba junto a la fuente.

El hombre se detuvo, sorprendido, y luego continuó, murmurando. Ernesto quiso levantarse y exigirle una respuesta, pero le pareció imposible poderse separar del banco donde aquella atmósfera lo adosaba. Había algo oculto, respirable, que se metía en el cuerpo de las gentes haciéndoles bajar los ojos y reconcentrarse en sí mismas.

Ya llevaba dos días en la ciudad y todavía no había visto a ningún conocido; aunque, a decir verdad, había decidido encontrarse primero con las esquinas y los árboles de su infancia, cosas inofensivas e inmóviles que la amnesia aún le permitía recordar a retazos... Ciertas columnas altas y delgadas como palmas, el portal de una bodega, los parques de la Avenida de los Presidentes... Sólo esas cosas habían resistido intactas el paso del tiempo. Quizás a través de ellas; pensó, él pudiese rescatar amistades perdidas en la niebla de su memoria. ¿No le había recordado el Estadio Latinoamericano las tardes junto a los negros de la calle Maloja; las discusiones sobre lo que sucedería en la serie nacional de béisbol? Y el antiguo cuartel de policía ubicado tras las gradas del jardín derecho del terreno, un edificio sórdido de paredes grises y pintorreteadas, ¿no había cursado él allí la escuela primaria? Ernesto recordó que, en el patio, desde encima del tanque del agua, podía atisbarse el baño de

las hembras. Una tarde él se había encaramado y visto a una maestra: mientras orinaba, la mujer estrujó una hoja de libreta, luego se puso de pie, con la saya enrollada en los tobillos, y se frotó la hoja por la mancha oscura que le resaltaba entre los muslos blancos. Ernesto había olvidado aquella imagen, y sólo los muros de la escuela fueron capaces de atraerla nuevamente a su memoria.

Aguantó la respiración y miró en derredor, como un animal que oliese un peligro invisible. Había esperado que sus olvidos fueran sólo momentáneos, pero el domingo, como a propósito, se le venía encima con una fuerza que parecía aplastar a todos; revelarles el horror de una pesadilla en que habían estado sumidos sin darse cuenta. «Bah, es idea mía»; dijo, y se estiró en el banco intentando romper la inercia. Iría a ver a Tania. En definitiva, esto era lo que más le interesaba. En otro tiempo habían vivido prácticamente juntos, amándose como sólo se es capaz de hacerlo a los quince años. Tania no estaba entre las más bonitas de la escuela, pero sí entre las más atrevidas. Juntos experimentaron por primera vez la sensación que produce el contacto con otro cuerpo desnudo, y especularon tanto sobre el futuro que hasta llegaron a creerse capaces de manejarlo. Después habían empezado a salir mal en los exámenes, a faltar a clases, y él, Ernesto, fue enviado al servicio militar. Lo mandaron a la guerra de Angola, un disparate que lo trastocó todo, y Tania, de forma indirecta, se convirtió en una de las víctimas de la contienda. Al desembarcar de vuelta Ernesto sintió unas ganas desesperadas de verla, mas luego pensó que era mejor terminar con los médicos y los salones blancos donde le examinarían, y sólo entonces —¡Al fin libre!— darle la sorpresa.

Se pasó las manos por la cabeza. Los planes que ideaba tendían a desvanecerse a la hora en que su cuerpo debía ejecutarlos. Tenía el pelo corto y una barba dura y dispareja, como de espinas. Sus párpados reflejaban cansancio, pero las pupilas mantenían cierta chispa de desconfianza. Tres años era mucho tiempo, incluso más de lo que él y Tania habían estado juntos. «Ningún hombre se puede sentir seguro cuando ha estado tres años separado de su mujer»; se dijo. Había cavilado sobre el asunto a lo largo de los dos días que llevaba en la ciudad, hasta que la noche anterior, en el malecón, resolvió que sólo el encuentro lo sacaría de la incertidumbre.

Logró separarse del banco imaginando la cara de Tania al verle..., los besos, las caricias que tanto había evocado él cuando trataba de consolarse en la lejanía y aún llevaba memoria dentro para recordar algún gemido, alguna noche específica.

Los negros seguían en el soportal: cuatro manchas oscuras resaltando sobre una fachada descolorida. De pronto, explotaron en una carcajada. Ernesto miró en derredor y no encontró nada cómico. ¿De qué se reían? ¿Por qué los negros sin camisa y con sombreritos de papel siempre se estaban riendo? Convencido de que aunque no lo mirasen era la causa de la risa, echó a andar y confirmó el estado anormal de las cosas. Hasta el sol parecía quemar más de lo acostumbrado. Las enredaderas que crecían sobre las columnas del parque estaban agostadas, los rayos que las traspasaban volvían a levantarse del cemento creando charcos de agua imaginaria en la lejanía. Atravesó el

parque, llegó a la calle desierta y sintió una ráfaga de aire proveniente del mar. Recordó. La madrugada anterior la brisa le había penetrado hasta los pulmones, enaltecíéndole mientras recorría la distancia entre la bahía y el río Almendares. Durante el paseo se le había ido uniendo gente. No se dio cuenta cuándo ni a partir de qué punto; las siluetas fueron recortándose en la oscuridad y echaron a caminar a su lado, como si también disfrutaran del frescor del amanecer. Entonces él se sintió más seguro de sí, pues antes le había parecido extraño que nadie percibiera la belleza embriagadora de la noche. Al principio, mientras escuchaba a pedazos las conversaciones de los diferentes grupos, la corriente lo guió por calles oscuras y desconocidas.

Y entonces los perros habían empezado a molestar.

La peregrinación los fue despertando hasta que todos se pusieron a ladrar. Ernesto se preguntó quién era y qué hacía toda esa gente caminando por La Habana a esa hora, entre murmullos y gritos que proferían los que se quedaban rezagados. Poco a poco, los gritos se fueron confundiendo con los ladridos hasta que le fue imposible diferenciarlos. Desesperado, se dio vuelta y buscó las calles contrarias a las que tomaba la multitud. Logró encontrar un callejón vacío y, por algún motivo, intuyó que la gente se dirigía a la Plaza de la Revolución.

El cansancio le provocaba calambres en las piernas cuando se topó con el parque. El oscuro espacio brotó de golpe entre las casas y él pensó en recuperar la tranquilidad. Se dejó caer en un banco, subió las piernas y metió la cabeza entre ellas. Todavía por un rato, los perros siguieron ladrando cada vez que algún solitario hacía chirriar las rejas que separaban los jardines de las aceras. Agotado, con el aire de mar se fue quedando dormido.

Volvió a fijarse en las ruinas del teatro. Uno de los negros bajaba por los andamios con una carretilla llena de escombros mientras los otros le tiraban piedrecitas y reían a carcajadas. Ernesto los observó desde la esquina donde gracias a la brisa había recordado la noche anterior. Le pareció que era la noche, unida a esa mañana de domingo, las que provocaban la atmósfera de lentitud. ¿Adónde iría toda esa gente al amanecer? ¿Por qué nadie respondía a sus preguntas? ¿Encontraría también a Tania del otro lado del prisma que deformaba la realidad? Las preocupaciones se abalanzaron sobre él cuando cruzó la calle.

Había vivido mucho tiempo en el monte, entre escaramuzas y combates, y se había acostumbrado al peso de las mochilas y del fusil. Caminaba tambaleándose, hasta el punto de que la acera le resultó demasiado estrecha. Pensó que la anormalidad de un cúmulo de detalles semejantes a la estrechez de la acera sería el precio a pagar por haber vuelto a una ciudad donde no había explosiones ni nadie que le impartiera órdenes. «Y todos esos detalles se acentuarán hoy» —murmuró—. «Que la calma del domingo alcanza incluso a los perros.» Miró al cielo y se dio ánimos calculando que con el tiempo se acostumbraría a los domingos y al ancho de las aceras. «Por ahora es como estar fuera de mi elemento» —dijo—. «Sólo tengo que sentarme en cada parque que me

tropiece y ponerme a ensartar recuerdos.» No importaba que éstos fueran inventados; el objetivo era encontrar el valor que la vida había perdido al volverse tan lisa y amarilla de repente. ¿Qué le interesaba si aquel cuartel de policía era o no una escuela? En definitiva la Revolución había convertido muchos cuarteles en centros de enseñanza y eso era lo que él no había olvidado.

En la Avenida de los Presidentes parecían haber prohibido el tráfico. Varias personas andaban por el centro de la calle como si tal cosa fuera normal. Ernesto las observó un rato, luego cruzó y siguió su camino. Desde su llegada, solamente un loco le había mirado a los ojos. Eso hacía que a cada momento se le activara el mecanismo de preguntas y respuestas que había desarrollado en Angola, para protegerse de la soledad y la nostalgia. ¿Acaso era él quien no andaba bien? La pregunta le retumbó en la cabeza como una explosión. Debió consolarse pensando que, de ser así, los médicos no le habrían dejado tranquilo tras los exámenes. Incluso la amnesia, según le dijeron, a medida que rehiciera su vida iría desapareciendo.

En ese instante, como por ensalmo, memorizó algo. Casi vio ante sí el camión cargado de reclutas y sargentos. Venían de un sitio donde habían combatido durante semanas, llamado Cuito Cuanavale. Viajaban llenos de fango hacia el puerto desde donde regresarían a Cuba, y el destino, hasta ese día, se había portado relativamente bien con ellos. Incluso el negro Sosa, que tiritaba de fiebre bajo las colchas, unía su voz entrecortada al coro:

Ay, que me vengo cayendo
ay, de la juma que tengo,
para motorista que me vengo cayendo...

U'Reilly entornaba los ojos y decía que con veintiún años podía empezar lo todo de nuevo. A fin de cuentas, en un par de semanas cruzarían el Atlántico y llegarían a casa. El camión saltaba por el camino, los cuentos se interrumpían unos con otros y se evitaba mencionar los nombres de los fallecidos... Era en ese instante cuando un banco de niebla gris, sucia, se esparcía por la memoria de Ernesto; como si alguien, una mano invisible, abriese con violencia un paréntesis en el tiempo. Ernesto no recordaba más que el estruendo que le desbarató los tímpanos y las diminutas piedras que se convirtieron de repente en todo el universo de su vista; el sabor del polvo desértico en la lengua y una humedad pegajosa esparciéndosele entre el uniforme y la piel. Ahí comenzaban el olvido, los estados de inconciencia, la sensación de ahogo monstruosa y nauseabunda que por miedo le había ocultado a los médicos.

Los exámenes ocurrieron tras el desembarco. Tuvieron lugar en unas salas frías y unos pasillos tan enormes que los reclutas se comportaron como sonámbulos. Les habían desnudado, hecho pruebas, y ellos, con el desespero de terminar, no hicieron mucho caso de nada. «Luego volverán»; les dijeron los médicos tras sus batas blancas, y él no podría explicarlo, pero cuando salió fue como si hubiese dejado allí una parte de sí mismo.

Sumido en los bosquejos que se formaban en su mente, llegó a la zona de La Rampa. El viento batía con violencia y el salitre del mar se incrustaba en las paredes y los troncos de los árboles. En días de ciclón el mar inundaba las calles. Entonces se podía andar en bote por entre los edificios, y se corría el riesgo de ahogarse en los alcantarillados. Tania vivía allí, en el edificio más alto de La Habana. ¿Qué le importaba a él todo lo demás ante la posibilidad de ver cumplido el deseo que llevaba metido en el pecho desde hacía tres años? Elevó la vista y contempló la torre de pisos grises que parecía inclinarse hacia adelante. Avanzó hacia la entrada y dos perros echados junto al portero comenzaron a gruñirle. Eran flacos, lampiños, y se alteraron aún más cuando el eco reprodujo los ladridos.

Ernesto volvió a acordarse del camión y la mina, de los ladridos que escuchó semiconsciente en el suelo, rodeado por la sangre y las vísceras de los compañeros muertos, a quienes devoraban los perros jíbaros sin intimidarse ante los gritos desesperados de los heridos. La imagen le hizo detenerse ante los odiosos perros; preguntarse por qué ladraban con esa furia, por qué se había equivocado el destino, por qué aquella manada hambrienta desgarrando la carne chamuscada hasta que llegaron los otros camiones y alguien disparara una ráfaga..., hasta que el portero los acalló dando con una lata en el piso.

El vestíbulo del edificio era más pequeño de lo que él había imaginado por culpa de la falta de memoria. Un par de muchachas conversaban en un rincón mientras la recepcionista discutía con un viejo. Le explicaba que no había electricidad y que por tanto no se podían utilizar los elevadores. El señor protestó y la recepcionista alzó la voz.

—¡Tá prohibió subir por la escalera sin ante tener un pase firmao, y yo no voy a firmar pase hasta que no venga la lú!

El viejo salió, diciendo que la luz nunca iba a venir, y Ernesto se sentó junto a la recepción, lo más lejos posible de la puerta y de los perros. Buscó una libreta en su bolsillo y comprobó que Tania vivía en el piso diecisiete. Frente a él las muchachas rieron y se sintió incómodo. Se fijó en el traje carmelita de botones grandes y ridículos que llevaba puesto. Tras la llegada le habían dado ropa idéntica a todos, y la única talla disponible era mucho más grande que la que él usaba. En realidad las muchachas no le habían mirado ni una vez, pero el traje de paño carmelita llamaba terriblemente la atención bajo el sol del domingo. Era anticuado, y Ernesto se molestó consigo mismo.

Decidió esperar y fijar su atención en otra cosa. A pesar de poder ver a Tania en pocos instantes no se sintió contento. Allí mismo se había sentado él, años atrás, horas antes de la partida. La voráGINE estaba por comenzar y él llevaba una fe ciega en que algún día todo lo que dejaba volvería a pertenecerle. Entonces se preguntó por qué, ya de vuelta, tenía que imponerse esa fe mediante el mecanismo de preguntas y respuestas. ¿Por qué dudaba de todo y de todos? ¿Por qué nadie, a pesar de su traje de paño carmelita, se fijaba en él? Pensó en la ingenua visión que tuvo antes de partir: sí, le enviaban a la guerra, regresaría como un héroe. Pero y de qué servía todo eso ahora, si nadie lo miraba. Ahora volvía a ser igual a todos y quizá incluso

menos, pues seguramente él no podría reír como reían los negros con sombreritos de papel.

En la libreta que aún sostenía entre las manos había nombres y direcciones de personas que ya no volvería a visitar. Algunas trabajarían en el campo, otras cumplirían importantes tareas, muchas se habrían exiliado. De pronto, Ernesto sintió nostalgia. ¿Pero se podía sentir nostalgia del sitio en que uno estaba? ¿Era éso? ¿Era el miedo a tener que ver ese sitio con los ojos que tenían incrustadas, en las córneas, las diminutas piedras del desierto? A su lado descubrió un teléfono. La idea de llamar y decir que estaba abajo le pasó veloz por la cabeza; sólo la abandonó al pensar que era mejor llegar sin aviso, sorprender como lo venía soñando desde hacía tanto tiempo.

Un hombre entró al vestíbulo. Avanzó hasta la recepción y preguntó si se había ido la luz.

—Se fue —afirmó la recepcionista.

El hombre era uno de éstos que hablan gritando mientras miran hacia los lados.

—¿Ya qué hora es el discurso? —volvió a preguntar.

—El discurso es después del entierro, que debe empezal en media hora —respondió la mujer.

—Allá arriba eso tá que arde, Flor —dijo el hombre—. Son miles, y más los muertos, ni se diga.

Ernesto se sintió sofocado. Había escuchado el diálogo sin interés; sólo poco a poco, las palabras habían ido adquiriendo sentido a medida que salían, borboteantes, de las bocas de la recepcionista y del hombre.

—Pobrecito esos muchachos, por suerte se ganó la guerra y no murieron por gusto —comentó la tal Flor mirándose las uñas.

—De eso e de lo que yo no estoy tan seguro —acotó el hombre, buscando complicidad—. A veces me da por no entender qué tuvieron que ir a buscar toda esa gente a Angola y Etiopía. ¡Nada más y nada menos que ir a pelear a *África!*

De repente, Ernesto captó de qué hablaban, y la sensación de ahogo empezó a invadirlo.

—Ay chico, pero si ése ha sido uno de los gestos más bonitos de la Revolución —dijo ella con asombro.

—Sí, lo era. Hasta que hoy la gente se ha dao cuenta y cada pueblito va a tener que llevar su muerto pal cementerio.

El corazón le latió con fuerza. Serían los funerales de los compañeros fallecidos en la guerra, y él había llegado hasta el límite de olvidar que más tarde, precisamente en ese domingo liso y amarillo, los iban a enterrar a todos.

En eso volvieron a ladrar los perros. Las aspas del ventilador de techo giraron y una bocanada de aire caliente inundó la habitación. Se encendieron un par de luces y la recepcionista llamó para firmar los pases. Las dos muchachas emitieron unos griticos de alegría y corrieron hacia el buró. Ernesto se sintió

confundido. Las palabras del diálogo abarcaban todo el espacio en su memoria. Se puso de pie, pero en el buró no se ocuparon de él. Le pareció flotar en una atmósfera estancada y, como un autómatas, siguió al hombre y a las muchachas hacia el elevador. A su espalda se cerraron las puertas. Los otros simulaban no verle y el elevador le produjo un palpito de claustrofobia. No soportó más la indiferencia y agitó las manos.

—Oigan, caballero, no jodan, yo soy un héroe de la guerra —masculló, pero no le hicieron caso.

Las muchachas conversaban con el hombre y tuvo que agacharse, apoyando la espalda en las paredes lisas y amarillas como el domingo y las ruinas del Amadeo Roldán. «Si al menos se burlaran»; pensó. Después, cuando alzó la vista y comprobó que los otros habían salido, se sintió mejor.

En el piso diecisiete buscó el pasillo de los apartamentos con números pares. Entonces recordó las apuestas y sonrió. Perteneían a las cosas de antes de la guerra. Jugaba con Tania en las noches, antes de separarse: ¿Quién era capaz de desnudarse en la oscuridad de las escaleras? ¿Hasta dónde se atrevían a llegar, acompañados por los ruidos de los apartamentos? Tania se sentaba en un escalón y abría las piernas. El, apoyado más abajo, besaba aquellos labios que tanto había evocado en la lejanía. Sí, necesitaba de Tania para atrapar el resto de esas imágenes. ¿Cómo era posible que tanta muerte se hubiera interpuesto entre éstas y el presente? ¿Cómo podía ser? ¿Sería tan sencillo ese tránsito entre la vida y la muerte, tan impalpable? En la guerra muchos habían caído a su lado, pero siempre de a pocos. Uno aquí, otro allá, como las hojas de los árboles. Siempre hubo tiempo de rumiar un responso, de imponer un poco de solemnidad en el tránsito. Mas la última vez todos cantaban una guarachita y de pronto, ¡PUM!, como si el destino se hubiera equivocado.

Dio unos pasos y contempló el pasillo. Era claro y largo. A un lado tenía las puertas de los apartamentos y al otro las ventanas, desde donde se divisaban un par de calles más y el mar. El Atlántico parecía estático con todos sus azules mirando La Habana. El viento batía con fuerza por sobre las azoteas llenas de trastos y ropas colgadas. Se colaba por un vidrio roto y, recordó él, nunca había logrado acallar la sinfonía de televisores que brotaba de los apartamentos... Telenovelas, juegos de béisbol, noticieros... ¿Qué importaba todo ante la posibilidad de cumplir el deseo que llevaba en el pecho? Pegó un oído a la primera puerta y escuchó una música militar sonando bajo las palabras pautadas y paternas de un discurso.

En ese instante, una descarga de salvas retumbó sobre las azoteas y se perdió en las alturas de La Habana Vieja. Ernesto se estremeció. Conocía demasiado bien ese sonido y cerró los ojos, esperando. ¿Por qué precisamente en esos momentos, cuando se hallaba tan próximo a cumplir su deseo, tenía que empezar el entierro de los compañeros? ¿Por qué volvía a equivocarse el destino de esa manera? Ante la puerta de Tania hubo algo que lo abstraigo de la realidad unos segundos. El timbre; se acordaba del timbre. Seguía siendo el mismo rectángulo de metal incrustado en la pared que un día dejó corroído por el salitre. Acercó un oído a la mirilla y percibió que también allí dentro la

banda de música militar sonaba en el televisor. Sintió miedo del encuentro, de que ni siquiera Tania le mirase a los ojos. Las imágenes del día empezaban a trocársele en la cabeza sin que pudiera fijar ninguna claramente. Intuyó que necesitaba de alguien que no fueran los médicos para atrapar esas imágenes y prensarlas en la memoria.

Esa idea le impulsó a dar unos tímidos golpes en la puerta. Quizás fuera su sensibilidad trastornada, pero tras la madera le pareció oír unos gemidos, un llanto monótono y resignado como el que había escuchado en el desierto mientras intentaba levantar su cuerpo inservible y pesado como el plomo. Otra descarga de salvas se alzó sobre la ciudad y él tocó más fuerte. Entonces algo vino corriendo del otro lado y se puso a arañar la madera.

Y otra vez habían empezado a ladrar.

Ernesto se quedó inmóvil. El maldito perro lo olía y no se callaba. Incluso él era capaz de oler el tufo que brotaba bajo su traje de paño carmelita. Alzó el puño y no se decidió a tocar. Del otro lado seguían gruñendo, olisqueando, al tiempo que un sudor frío le humedecía las manos. Una tercera descarga retumbó en el aire y en el apartamento vecino empezaron a reproducirse los ladridos. ¿Por qué nadie abría la puerta? ¿Por qué ladraban los perros con tanta insistencia? ¿Por qué observaban aquellos dos sus moribundos movimientos, como esperando? Se dio cuenta de que no podría llegar en esas condiciones ante Tania. Los padres empezarían a gritar, a hacerle preguntas, y entonces tendría que responderse a sí mismo cosas que ciertamente no sabía. ¿Por qué acudían a su memoria las ruinas de un teatro? ¿Estaría vivo realmente? El mareo volvió a invadirlo cuando husmeó un ligerísimo olor a pólvora estancado en el aire.

Se le ocurrió bajar y llamar por teléfono; avisar antes y así evitar la alteración de los perros. Echó a correr mientras el recuerdo de los muertos le inundaba la memoria, fustigándole. En el elevador las paredes lisas y amarillas volvieron a atormentarlo. Tuvo que agacharse nuevamente e intentó rescatar alguna imagen, mas sólo la imagen de los muertos acudía. También había vuelto el vértigo nauseabundo que por miedo le había ocultado a los médicos. Desde el suelo intentó apretar los botones del elevador, pero no los vio o no había. Era como si lo bajasen a la fuerza en un ataúd descolorido y nadie oyera sus gritos.

El descenso se detuvo y le pareció que había llegado al fondo, pues de repente se vio solo, acompañado apenas por el olor putrefacto que despedía su cuerpo bajo el traje de paño carmelita. No recordaba nada. ¿Quién era? ¿Por qué estaba en ese lugar tan oscuro, como el fondo de la espiral en donde desde hacía años había empezado a caer? Todo sucedió tan rápido que no había entendido. Iba a echarse a llorar. Luego pensó que, al menos allí, los perros de arriba no le perseguirían.